

El mito de las edades en las *Metamorfosis* de Ovidio: entre la tradición y la originalidad poética

Pires, María Paula
FaHCE, UNLP
paupires17@gmail.com

Resumen: El mito de las edades es un tema recurrente entre los autores de la Antigüedad. Si tenemos que establecer un punto de partida, podemos decir que desde Hesíodo se fue forjando una tradición en torno al tópico ya mencionado. Ovidio retoma este mito en sus *Metamorfosis* para hacer su propia versión y consigue plasmar en ella su originalidad poética. En el presente trabajo analizaremos, por un lado, la resonancia de otros autores fundamentales en el mito de las edades propuesto por Ovidio y, por el otro, observaremos las particularidades morfológicas y lexicales que caracterizan la decadencia de las edades en Ovidio. Para la primera parte del análisis tomaremos como fuentes, por el lado de los autores griegos, en primer lugar, a Hesíodo (*Trabajos y días* 109-201) y, en segundo lugar, a Arato (*Fenómenos* 96-136). Por el lado de los autores romanos, a Virgilio (*Égloga* 4; *Geórgicas* 1, 121 ss.) y a Tibulo (1, 3, 35 ss.). Para llevar a cabo este trabajo nos serviremos, además, de textos como “Some aspects of Ovid’s Golden Age” de Karl Galinsky; *Ovid’s Metamorphoses*, de Elaine Fantham; *Playing Hesiod (The ‘Myth of the Races’ in Classical Antiquity)*, de Helen Van Noorden y *Ovid’s Metamorphoses Books 1 - 5*, de William Anderson.

Palabras clave: Ovidio– mito de las edades– Metamorfosis

El mito de las edades es un tema recurrente entre los autores de la Antigüedad. Si tenemos que establecer un punto de partida, podemos decir que desde Hesíodo se fue forjando una tradición en torno a este tópico. Es interesante (y necesario) pensar la tradición como una lectura y reescritura del mito, ya que las reescrituras dejan ver, en primer lugar, la importancia de las historias ampliamente conocidas por las personas de la Antigüedad como vías para iluminar, a través de sus aspectos específicos, problemáticas, inquietudes y temas que hayan tenido lugar en los tiempos del poeta que reescribe. En segundo lugar, nos permiten acercarnos a la originalidad poética del autor que, para su versión propia, frente a una tradición, recorta o extiende la historia a tratar, utiliza un vocabulario específico y toma y realza aspectos tratados por poetas anteriores mientras que descarta otros en este proceso de renovación. Como afirma Fantham, Ovidio conocía muy bien la poesía anterior y se ocupa de crear una versión que toca tantas formas de la tradición como sean posibles (2004, p. 22). En el presente trabajo analizaremos, por un lado, la resonancia de otros autores fundamentales en el mito de las edades propuesto por Ovidio y, por el otro, observaremos las particularidades morfológicas y léxicas que caracterizan la decadencia de las edades en nuestro poeta.

En primer lugar, antes de introducirnos completamente en la vasta descripción del mito de las edades en el libro I de las *Metamorfosis* (vv. 89-150)¹, analizaremos la versión de Hesíodo quien, con su voz, como afirma Van Noorden, abre el camino a una multiplicidad de respuestas, en lugar de disminuir posibilidades y “cerrar” el mito (2014, p. 18). En sus *Trabajos y días*, Hesíodo menciona cuatro razas humanas que preceden a la nuestra: la primera es la de prósperos hombres dorados, seguida por una de plata, en la que los hombres habían sido criados durante cien años, siendo niños, por la madre, y luego, en la adultez, fueron destruidos por Zeus a causa de ser impíos. Luego Zeus creó a los hombres de bronce, quienes perecieron, víctimas de su propia violencia, y más tarde creó una raza más justa: la de héroes. Algunos de estos murieron en la guerra, otros prosperaron en las Islas de los Afortunados. Por último, Hesíodo lamenta haber nacido en la última raza, la de corruptos y violentos hombres de hierro, para quienes espera en el futuro la destrucción (2014, p. 1).

Ahora bien, si contraponemos este mito a la versión de Ovidio, más allá de las diferencias léxicas, morfológicas, y de sentido que pueda haber, hay una diferencia estructural fundamental y es que el poeta romano nos presenta cuatro edades en lugar de cinco: deja de lado la edad de los héroes, aunque no es el único que lo hace. La omisión de esta raza (o era, si pensamos en los autores romanos) es muy común en las versiones posteriores a Hesíodo ya que, como explica Van Noorden, la presencia de hombres “más justos y virtuosos” dificulta la interpretación del mito como un relato sobre la progresiva decadencia del hombre, mensaje moral que se quiere transmitir (2014, p. 33). Completamente opuesto es el caso de la edad de oro, que es tenida en cuenta por todos los poetas que tratan el mito de las edades y que, de hecho, ha terminado desarrollándose independientemente de la imagen idílica de la raza dorada gobernada por Cronos que nos ofrece Hesíodo (2014, p. 2). En esta edad encontramos algunos elementos que son comunes a los poetas que funcionan como fuente para Ovidio: ya desde Hesíodo se nos dice que los hombres “vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones” (*TD*, v. 112); unos siglos después Arato escribe en sus *Fenómenos* que “los hombres todavía no sabían de la funesta discordia” (*Fen.*, v. 108) y “vivían sencillamente” (*Fen.*, v. 110); en las elegías de Tibulo se nos dice que “¡qué bien vivían bajo el reinado de Saturno, antes de que la tierra fuera abierta en largos caminos!” (I, 3, v. 35). Esta inocencia y felicidad de los hombres forma parte, además, de todo un

¹ Para nuestro trabajo, seguiremos la edición de Tarrant (2004).

sistema que permite que esa felicidad tenga lugar: como vimos más arriba, la tierra no estaba surcada; el pino (la nave) no estaba en el agua y no desplegaba sus velas ya que no se buscaban ganancias; no existía el yugo; las encinas y las hojas daban miel; las ovejas y cabras daban la leche; la tierra toda brindaba sus frutos al hombre y no había guerras, ejército, ni ira. Por eso es que la Justicia, personaje central en el mito propuesto por Arato, se encontraba todavía entre los hombres. Si bien todos tienen presentes los elementos que podemos llamar básicos de la edad dorada, cada uno de los poetas deja su impronta, y el aspecto cronológico resulta fundamental para analizar esto último.

Tomemos por ejemplo a Arato. Como explica Van Noorden, el autor recaptura a Hesíodo en una época de saberes más especializados que los de la época hesiódica (2014, p. 173) y es por eso que hace girar al mito en torno a la figura de la Virgen, quien visita a los hombres en la edad de oro y quien, con el paso de las edades, abandonará la tierra para convertirse en una constelación (2014, p. 25). El aspecto cronológico también es de suma importancia en Ovidio: para este autor, gran parte de su originalidad poética se construye gracias al tratamiento del mito de las edades desde la perspectiva de la Roma imperial. De esta manera, la forma del mito es hesiódica mientras que los contenidos son itálicos (Galinsky, 1981, p. 195), y esto, naturalmente, ocurre, además de Ovidio, en Virgilio, en quien conviene detenernos especialmente antes de hacer un análisis pormenorizado del mito en las *Metamorfosis*, no solo porque Virgilio trabaja detalladamente el mito con los ojos de una Roma en transición al imperio, sino porque es una de las fuentes más cercanas a Ovidio en el tiempo.

Virgilio retoma el mito de las edades tanto en las *Églogas* como en las *Geórgicas* (en *Eneida* solo aparece la edad de oro). En la *Égloga* IV la edad que más se realza es la de oro, aunque se mencionan rasgos de otras (como el cese de la edad férrea, o la mención de la de los héroes). Su tratamiento de ella es particular, ya que no hace un recuento de la decadencia del hombre ni proyecta el regreso de la edad de oro en un futuro lejano. Tampoco se describe el reinado de Saturno como una comparación con la situación contemporánea (Galinsky, 1981, p. 195), sino que la trata como si estuviese ocurriendo en el presente; nos dice que “nace de la totalidad un gran orden de siglos”(v. 5) y “vuelven los reinos saturnios”. Por otro lado, esta nueva edad dorada tiene un punto específico de comienzo: el nacimiento de un niño “con/por quien, en primer lugar, concluirá la raza férrea y surgirá en todo el orbe la dorada”. Estas particularidades del aspecto cronológico, sin embargo, se enmarcan en los rasgos típicos de la edad de oro: el poeta menciona que “ya también vuelve Virgo” (v. 6), “la tierra esparcirá sus

primeros regalitos” (v. 18), “Las mismas cabritas traerán a casa sus urbes cargadas de leche” (v. 21), entre otros. Si pasamos a las *Geórgicas*, nos encontramos con un nuevo giro en el tratamiento de las edades: en el libro primero se nos dice explícitamente que el mismo Padre no quiso que fuera fácil cultivar y, por medio de las artes, movió el suelo (vv.121-123). Como explica Galinsky, Virgilio toma la edad anterior a Júpiter como un ideal no deseable porque representaba una existencia que no requería esfuerzo ni mental ni físico. La *egestas* que Júpiter envía lleva a los hombres a inventar las artes que los guiarán hacia el cultivo y la civilización (1981, p. 195).

Frente a estas innovaciones en el mito, tan cercanas temporalmente a Ovidio, resulta imposible pensar en una nueva reescritura sin tener en cuenta los versos virgilianos. Como anticipamos brevemente, es fundamental el aspecto cronológico en Ovidio, y es a partir de su mirada sobre su tiempo que estructura, mediante palabras y figuras específicas, su propia versión del mito. El relato de la edad de oro ocupa veintitrés versos y lo primero que se manifiesta es la falta de leyes y el cultivo de la *fides* (v. 90). Como afirma Galinsky, desde el comienzo hay un tono de contraste entre la edad de oro que se está contando y los tiempos de Ovidio y Augusto, una época caracterizada por gran cantidad de leyes (1981, p. 199). No se nos dice simplemente que los hombres “vivían felices” o “sencillamente”; por el contrario, esta idea de la falta de leyes se extiende varios versos: “el miedo y el sufrimiento no estaban presentes” (v. 91), “las palabras amenazantes no estaban ligadas en el fijado bronce, ni la multitud temía, suplicante, los discursos de su juez, sino que estaban seguros sin defensor” (vv. 91-93)². Ovidio también le dedica algunos versos a la ausencia de guerras, pero en lugar de utilizar palabras peyorativas para hablar de las consecuencias atroces que esta tiene, simplemente se nos mencionan los instrumentos utilizados en la guerra: “no había trompetas de recto bronce, ni cuernos de bronce curvado, ni yelmos, ni espada; sin uso de soldados, los pueblos tranquilos gozaban una tierna paz” (v. 98-100)³. Antes de hablar de la ausencia de guerra, en el verso 97 se nos dice que “las fosas precipitadas todavía no ceñían las ciudades”⁴; esto era un paisaje común en las ciudades romanas, entonces no resulta casual que antes de hablar de guerras, que son comunes a todos los tiempos y espacios, mencione algo típico de Italia para resignificar la ausencia de

² *poena metusque aberant, nec verba minantia fixo / aere ligabantur, nec supplex turba timebat / iudicis ora sui, sed erant sine vindice tuti.*

³ *non tuba drecti, non aeris cornua flexi, / non galeae, non ensis erat: sine militis usu / mollia securae peragebant otia gentes.*

⁴ *nondum praecipites cingebant oppida fossae*

enfrentamientos. De todas formas, Ovidio también incluye rasgos o elementos tradicionales de la edad de oro, aunque a algunos de ellos les da un giro, como nota Anderson: cuando Ovidio menciona la tierra que sin ser arada daba frutos, los campos llenos de espigas, los ríos de leche y las gotas de miel, agrega los ríos de néctar. Esta asociación con la comida de los dioses es usada para realzar su propia edad de oro (1996, p. 163).

Frente a la amplia descripción de la edad de oro, la edad de plata ocupa nueve versos. Si consideramos la extensa tradición de tomar la edad de oro para compararla con la época contemporánea (Galinsky, 1981, p. 195), y si volvemos a pensar en la importancia en Ovidio de pensar el mito de las edades desde su época, no es casual que se detenga tanto en la edad de oro. Sobre la segunda edad se nos dice que ya no hay una eterna primavera y aparecen las cuatro estaciones. Además, aparece el dolor, plasmado en el gemido de los novillos oprimidos por el yugo (v. 124)⁵. Los cambios, sin embargo, no tienen justificación, sino que simplemente ocurren (Anderson, 1996, p. 163).

Todavía más reducida es la mención de la edad de bronce, completamente opuesta a la de Hesíodo, tanto en longitud, como en descripción y carácter. La edad de bronce ovidiana ocupa tres versos, y de ella solo se nos dice que está más inclinada a las armas, aunque no es criminal.

La edad de hierro, en cambio, es descrita en veintitrés versos, exactamente la misma cantidad que la edad de oro. Mientras que la edad de oro se basa en “ausencias” (con consecuencias positivas), la de hierro se basará en “presencias” (con consecuencias negativas). Ambas edades, entonces, se utilizan para describir la realidad de esa época. En esta edad, las palabras elegidas, que expresan maldad, aparecen como afirmaciones, y realzan el sentido de crueldad. Se nos dice que “surgió *todo el mal* hacia esa edad de *temple peor*” (v. 128)⁶, que surgieron “los *daños*, los *engaños*, la *insidia*, y el *amor perjudicial de tener*” (v. 130-131)⁷, y, más adelante, que “surge la guerra, que se lucha a causa de estos dos [el hierro y el oro] y agita violentamente las resonantes armas con la *mano ensangrentada*” (vv. 142-143)⁸. Al ser la última edad, las descripciones son más fuertes, y ahora sí se habla de “mano ensangrentada”, en lugar de solo mencionar los elementos para la batalla como ocurría en la primera edad. Por otro lado, aparecen las

⁵ *pressique iugo gemuere iuveni.*

⁶ *protinus inrupit venae peioris in aevum / omne nefas*
(Todas las cursivas son nuestras)

⁷ *in quorum subiere locum fraudesque dolique / insidiaeque et vis et amor sceleratus habendi*

⁸ *prodit bellum, quod pugnat utroque, / sanguineaque manu crepitantia concutit arma.*

traiciones entre el huésped y el anfitrión, entre el suegro y el yerno, entre los hermanos, entre los esposos, e incluso entre padre e hijo (vv. 145-148). Frente a tal deterioro de la moralidad, la *fides*, ya mencionada en la edad de oro, yace vencida, y la Virgen Astrea abandona la tierra (vv. 149-150). El último verso, como apunta Anderson, nos permite ver una cadena completa de la tradición: en Hesíodo, eran Aidos y Némesis quienes abandonaron la Tierra; Arato simplifica a estas dos en una única deidad a la que llama “hija de Astreo”; Virgilio la llama “Virgo” y “Justicia”, y Ovidio es el primer poeta latino en llamarla “virgen Astrea” (1996, p. 166).

En conclusión, podemos decir que Ovidio reescribe un mito ampliamente difundido desde la perspectiva (subjetiva) de un romano de los primeros años del siglo I d.C: toma las versiones de sus antecesores y las sitúa en un nuevo tiempo y un nuevo espacio. Al tomar el mito para analizar temas contemporáneos que están relacionados con las leyes, con el aspecto no solo material, sino también moral de la Roma imperial, Ovidio se vuelve un eslabón más de la cadena de la tradición, al mismo tiempo que forja su originalidad poética.

Referencias bibliográficas

- Anderson, W. (1996). *Ovid's Metamorphoses*. University of Oklahoma Press
Fantham, E. (2014). *Ovid's Metamorphoses*. Oxford University Press
Galinsky, K. (1981). Some Aspects of Ovid's Golden Age. En K. Galinsky (Ed.), *GB 10* (pp. 193-205).
Tarrant, R.J. (2004) *P. Ovidi Nasonis Metamorphoses*. Oxford.
Van Noorden, H. (2014). *Playing Hesiod. The "Myth of the Races" in Classical Antiquity*. Cambridge